

EL NUEVO TRATADO DE PARÍS: UNA PREMONICIÓN
AUBIANA DE LA TRANSICIÓN POLÍTICA ESPAÑOLA A LA
DEMOCRACIA

Alfons Cervera

(Universidad de Valencia)

"Acaso esta presencia determinante de la historia y de la política en la obra literaria de Max Aub, un escritor forjado en la batalla de las ideologías, sea uno de los inconvenientes mayores que tiene para ser leída, comprendida y gozada, es decir, para interesar a la juventud actual en estos tiempos caracterizados precisamente, entre otras cosas, por el crepúsculo de las ideologías, la desmemoria histórica y la indiferencia política" (1). Estas palabras de Manuel Aznar, siempre atentas a la profunda e inalterable coherencia ideológica de Max Aub, servirían no sólo para ubicar el desinterés que en España ha cundido sobre la obra del escritor por parte de los más jóvenes sino, lo que es peor, y recordándonos el enfado de Aub en su regreso a este país desmemoriado al que la libertad le importa un pito, ese desinterés se acuesta igualmente del lado de la ignorancia a que lo han sometido los escritores españoles que hoy anegan con sus obras las estanterías más lujosas de la literatura contemporánea. No sé si aparte Muñoz Molina, y no sólo en el discurso de ingreso en la Academia Española que dedicó a Jusep Torres Campalans, sino, y sobre todo, en aquella y para mí mejor novela del escritor de Úbeda, *Beatus ille* (2), no sé si aparte Muñoz Molina, digo, ha habido otro que, en los tiempos literarios que nos toca vivir, se haya acercado a Max Aub, y no específicamente a él sino a esa figura de escritor maldito llegado del exilio como un fantasma. Otro ejemplo de lo que les digo está en el mismo programa que nos junta aquí en estos días. Al reclamo del nombre de Max Aub y de su centenario, no sé si me equivoco, pero a lo mejor sólo quien les habla pertenece en exclusiva al

gremio de escritores. Los demás forman parte de esa feliz y cada vez menos secreta congregación de estudiosos y adeptos a los libros aubianos y al mundo que conforman esos libros a nuestros ojos siempre sorprendidos. Y aun mi caso es paradigma exacto de lo que les digo: como lector algo sabía, poco pero algo sabía de Max Aub. Sin embargo, como escritor empecé a introducirme en su mundo cuando imaginaba el universo ético de mi novela *El color del crepúsculo* (3), la primera de las tres que conformaría después, con *Maquis* (4) y *La noche inmóvil* (5), la trilogía de la memoria. Y aun aquí andaba yo con mis cautelas, hasta que definitivamente, y casi envuelto por la nube de una benevolente alusión de Ignacio Soldevila a Max Aub y Albert Camus en sendas reseñas laudatorias de las novelas que les cuento (6), me vi impelido a los libros de Aub, entre los que casi sólo *La gallina ciega* y algún "campo" ocupaban un lugar miserable en las estanterías y los suelos plagados de libros de mi casa valenciana. Algo parecido, creo, le pasó a mi amigo y admirado paisano Rafael Chirbes (7), entusiasta hoy de la obra aubiana y contagiado por la misma fiebre gracias a la insistencia de Ignacio Soldevila. Si lo mío tuviera que ver con la Biblia en cualquiera de sus formas, llegaría a pensar que, al igual que Jesucristo dicen que hizo con sus Apóstoles, eligió Max Aub al bueno de Ignacio para que levantara sobre la piedra de su ausencia la iglesia donde, más pronto o más tarde, oficiarían sus seguidores la ceremonia del recuerdo y el rito sagrado del compromiso. Pongamos que hoy y mañana, por venir al caso nuestra presencia aquí, estamos oficiando con ganas ese compromiso. Pero aun así, aun habiéndome acercado a Max Aub en el tiempo y hora que les digo, y pensado que algo podía saber acerca de él y de lo que fue dejando de testimonio personal y literario en sus libros, es como si nada supiera de eso hasta que empecé a escribirlo. Es entonces cuando descubrí lo que de Max Aub se me había quedado enganchado en las tripas o en algún sitio más o menos próximo, cuando supe que leer y escribir son actos gemelos, clónicos como se dice ahora. Y que como hay en ese acto de repetir las almas de las ovejas, no sé si también las de la gente, una

actitud moral por parte de quien lo realiza, pues lo mismo sentí cuando me puse a escribir que Max Aub fue un adivino, uno de aquellos magos que llegaban a mi pueblo con la troupe de titiriteros y se ponían a señalar el futuro con todo lujo de detalles, a la lumbre de una bola de cristal o al de la simple llama de una vela si el presupuesto no llegaba para tanto. Era un futuro, viniera de la bola de cristal o de la vela, más que cierto en su segura desventura. El caso es que escribir es andar parejos con la lectura que hacemos de lo que sabemos o creemos conocer y por eso pienso que no sabemos nada o muy poco de algo hasta que lo escribimos, hasta que palpamos el folio y sentimos la tinta ahí, líquida y rebelde, dejando su huella no sólo en los dedos y el papel sino en la conciencia, en las profundas y obstinadas simas de nuestras dudas acerca de lo que nos rodea, en la miedosa seguridad que nos asalta de que incluso aquello que tocamos al tacto de la desconfianza sea verdad de la buena y no un simple chispazo de magia que a las primeras de cambio se convierte en humo.

A Max Aub se le lee poco y demasiadas veces esa lectura escasa está influida por un altivo canon de singulares intereses. No corren buenos tiempos para la literatura del compromiso, aunque parezca que hoy en España la recuperación de la memoria histórica se haya convertido en una moda, aunque los escaparates se llenen en los últimos meses de libros y más libros que hablan de la guerra del 36 y la posguerra, aunque intelectuales y políticos que se declararon siempre enemigos acérrimos de esa memoria y de su necesidad extrema para no volvernos tontos vayan ahora con sus documentales y sus libros bajo el brazo porque, según dicen, sin que se les arrugue el rictus de la vergüenza, los pueblos no pueden vivir sin su memoria porque si no se mueren. Pero bueno, ése es el peaje infame del oportunismo que hemos de pagar en España después de una dictadura cerrada en falso y una transición que no dio de sí los frutos que de ella se esperaban. De eso, de la transición hablaré más tarde. De la literatura que arranca en Max Aub y llega hasta esa transición y nuestros días empiezo ya, y empiezo

diciendo que es, a pesar de aquella moda que les decía y entre quienes nos miramos en espejos donde la moral no es moneda de cambio para alcanzar famas provisionales, una literatura ensimismada que se nutre de un ombligo enfermo de autocomplacencia. Nada interesa que no sea aquello que se cuece en los intestinos de quien escribe. La palabra se sume en los garabatos del lenguaje que se alimenta a sí mismo como si fuera una vaca volviéndose a tragar hasta la infinitud sus propios mocos, y en los océanos del tedio sucumben sin remedio esa literatura y quien la escribe desde la somnolencia y el insulto a la otra literatura, ésa que ahonda en las cicatrices de lo de antes para llegar, a lo mejor cansada de tanta controversia y tanto delirio de escritor autista, a una conclusión nada satisfactoria: escribir en este país sigue siendo un combate de boxeo sin que a las gradas acuda un sólo espectador para presenciar una tontería de lucha que no interesa a nadie.

Y mientras el combate inútil se alarga hasta la exasperación, la literatura se muere. Eso pasa. Eso es lo que hay al hilo de lo que el profesor Aznar Soler entiende como problema a la hora de que la España de hoy, la joven que él dice y la no tan joven que le añado yo, se acerque a la obra de Max Aub o a la de cualquiera de sus colegas de tiempo y escritura. No sé si, en descargo de este lamento mío que a lo mejor me iguala el enfado permanente -esa indignación como postura "noble y necesaria" que decía Manuel Durán (8)- en que se instala Aub, sirve aquello que él mismo, nada sorprendido de que no repararan en la repetición, aunque en volúmenes diferentes y con distinto título, de alguno de sus cuentos, sentencia con amargura nada contenida: "Nadie lee, nadie se acuerda de lo que lee" (9).

Y algo de eso quería contar hoy en este foro de memorias cruzadas, de géneros entrelazados con el hilo del respeto y de una obstinada voluntad de demostrarle a más de un imbécil que ser viajante de comercio no confiere necesaria identidad a ninguna escritura, lo mismo que vender pólizas de seguros no fue el motivo principal, ni siquiera secundario, para que un escarabajo se

convirtiera en la metáfora más compleja del miedo a la vida que ha dado la literatura contemporánea. Si había algo que a Max Aub perturbara especialmente era la desmemoria brutal en que se había instalado España después de la guerra. Y esa desmemoria, sin que él lo supiera, aunque llegara a imaginarlo en bastantes de sus certeras previsiones, seguiría instalada en nuestro país después de la muerte del dictador. El miedo se incrusta en el alma de la derrota y llega a formar parte notable en las estrategias de la supervivencia. Y la política no anda lejana de esos sufrimientos. Cuando leí el breve texto que Aub dedica a “El Nuevo Tratado de París” en *Hablo como hombre* (10), se me volcó la rabia encima, otra vez la rabia encima, de nuevo regresaba aquella condición de adivino que le era tan propia, y con ella, con esa condición, la sorprendente semejanza entre lo que él denunciaba en aquel texto de hace cuarenta años y lo que ha sido nuestra transición política a la democracia tras la muerte de Franco.

La indignación de Aub por la creación en París de la Unión de Fuerzas Democráticas es la misma que muchísima gente sentíamos en España por los pactos surgidos entre el franquismo residual y los partidos de izquierdas (PSOE y PCE), unos pactos que desembocarían en una transición aparentemente tranquila donde todo se urdiría en torno a dos figuras rarísimas: la de la Monarquía heredada del franquismo y el olvido. Era como si se hiciera verdad aquella contundente y descarnada frase de Caballero Bonald en su segundo libro de recuerdos, *La costumbre de vivir* (11): “A veces, la inocencia y el cinismo rondan la memoria”. Línea a línea, expresa Max Aub en ese texto lo que luego, casi veinte años más tarde, repetirían en la aún espesa clandestinidad muchos de los textos y conversaciones que surgían entre los críticos de una transición que se estaba construyendo a base de renunciaciones. Miren, si no, alguna de las muestras, y cuenten ustedes mismos los paralelismos entre la situación descrita por Aub en su texto y lo que, según un consenso cada vez más amplio, fue la transición a la democracia española vista desde ahora mismo. Reparemos, pues, en algunas de las reflexiones que el autor

destila en “El Nuevo Tratado de París”, texto contenido en *Hablo como hombre*. Aquí van algunas de esas reflexiones: “la aceptación por parte del Gobierno que, queramos o no, nos representa, de entablar negociaciones, hoy, mañana o pasado, con una parte de los fautores de la rebelión militar de 1936 deja trágicamente al descubierto el reconocimiento de nuestra derrota”. Y más: “lo que sí hay que echarles en cara es su responsabilidad histórica para el día de mañana”. Y sigo: “Si alguna vez debió haber perdón había de ser el nuestro”. Y la más larga y clarificadora: “¡Pobre España nuestra de los abrazos y de los pasteos! ¿Dónde queda el honor, dónde la fe? Concibo perfectamente este camino emprendido por los traidores. ¿Qué más le da a un general o a un obispo tender ahora la mano a un republicano? Para salvar lo suyo... están acostumbrados a las enaguas y a los enjuagues. La traición condicionada ha sido durante siglos su arma más eficaz. Nada tiene de particular que sigan en sus trece. Hasta ahora han sobrenadado y sobrevivido, pero, ¿y el pueblo? ¿Con qué cara se van a presentar ahora ante el pueblo español todas esas gentes, de uno y otro bando, que los inculcaron a luchar sin remedio? ¿Con qué cara se van a presentar diciendo: ‘Aquí no ha pasado nada’?: Éste es el buen rey; éste es el buen general; éste es el buen obispo...”. Y remata su desesperación con una frase implacable: “Ya sé que el pueblo está cansado” (12).

Parece increíble que los paralelismos sean tan elocuentes. Hasta los mismos protagonistas surgen de las sombras alargadísimas del tiempo: los generales, los obispos, los reyes, el pueblo, la derrota en cualquiera de sus semióticas desgraciadas. Entonces, cuando el Nuevo Tratado de París, todas las fuerzas del exilio (menos el PCE) y las reaccionarias del interior se juntaron sin remordimientos, con la figura de Juan de Borbón en el centro de la esperanza. ¡Menuda esperanza!, venía a decir Max Aub. La misma sobre la que, tantos años después, ironizaríamos algunos en España. El perro se había muerto pero no se acabó la rabia, antes bien, la heredamos en la forma de esa manera obscena que la

historia tiene a veces de escribirse a sí misma con la tinta interesada de sus jerarcas políticos e intelectuales. El nerviosismo rabioso de Max Aub ante los pactos contra natura surgidos en aquel Tratado se repetía en la transición española con un desprecio supino por parte de las fuerzas de izquierdas. A esas fuerzas les interesaba dar la imagen de una tranquilidad que no era tal. Bien que lo refleja Pierre Vilar en su *Historia de España*, cuando escribe sobre la transición: “no debe creerse tampoco en una calma chicha. Los incidentes sangrientos fueron numerosos (asesinato, en pleno Madrid, de cinco abogados de CCOO; disparos sobre las masas en Vitoria y persistencia de los atentados individuales por parte de la fracción militar de ETA”). No lo dice Pierre Vilar, pero los disparos que provocaron cinco muertos a la salida de quienes se habían encerrado en una iglesia de Vitoria, fueron ordenados, directa o indirectamente, por el entonces Ministro de la Gobernación, Fraga Iribarne, hoy, paradójicamente, presidente del Gobierno autónomo de Galicia. Y concluye su argumentación, lastimosamente, el gran historiador francés: “La situación revolucionaria en Portugal había ocasionado muchos menos muertos” (13).

La historia, pues, tendía a repetirse con pelos y señales. Por eso no podemos leer esa historia sólo con los anteojos del momento. Lo que sucedió ayer ya es viejo, casi arqueología, y hemos de escribirlo hoy rescatando del pasado lo que con más energía ética y moral ese mismo pasado nos enseña. Ahí es donde encontramos al mejor Aub, sus mejores textos, lo que él y esos textos tuvieron y tienen de adivinación a gritos del futuro. “El pasado a que se pertenece –lo decía José-Carlos Mainer- se convierte en paraíso perdido, lugar mágico que sólo la memoria puede visitar” (14). Y remacha, esa sugerencia hermosa, otro memorialista al que admiro, Eduardo Haro Tecglen, cuando en el diario *El País* escribía no hace mucho: “Es verdad que todo ha pasado ya antes: recordar el pasado es profetizar el futuro” (15). Escribía esto Haro Tecglen a propósito de la declaración de José María Aznar, en la convención del Partido Popular celebrada

los días 19 y 20 de enero de este mismo año en Madrid, según la cual el PP ha escogido la vía del centrismo en la política española. Y nadie mejor, ni más exacto, ni con más envergadura y nervio éticos, casi a veces éticamente desesperado, que Max Aub. Nadie como él para que lo recorramos entero, a él mismo, como intelectual que nunca se anduvo por las ramas de la complacencia, y, sobre todo, a esos libros en que el testimonio convulso y la dignidad literaria se mostraban en un ejercicio tal de exactitud narrativa que, leídos hoy, en sus diversos formatos de novela, prosa ensayística, poesía y teatro nos dejan encogidos como niños miedosos ante lo sorprendente y lo desconocido.

No había lugar, ni en los textos de Aub ni en su anchura de hombre entero que no admite dobleces, para el conformismo. Lo que sucede a su alrededor lo filtra sólo por el cedazo de una coherencia inigualable. Lo que él escribe en las cuatro páginas memorables que les recuento pronto tendría sus resultados adivinatorios: no hacía falta que esperásemos a la transición democrática, no hacía falta esperar a 1976 porque en 1962, apenas dos años después de ser escrito ese texto sobre pactos extraños y amistades estrambóticas, vendría el Contubernio de Munich. Las fuerzas del interior más o menos descontentas con el franquismo, desde los católicos menos bajo palio hasta el falangismo poético, se reunían en esta ciudad alemana para estudiar una vía pacífica a la democracia, una vía, por otra parte, absolutamente conciliadora con los supuestos menos cafres de la dictadura. También el texto de Aub anunciaba esa posibilidad inminente y también esa posibilidad se vería cumplida sobradamente en los acuerdos tomados en la reunión y, aunque con todos los matices que se quiera, en la escasa virulencia con que el régimen reaccionó delante de sus exactas evidencias políticas e ideológicas. Hubo algún exilio después de aquello, no muchos y más o menos voluntarios para evitar seguir rozándose con las barbaridades de la dictadura, pero la cosa quedó más en escándalo extranjero que en una auténtica revolución en las tripas flatulentas del franquismo. Uno de esos exilios que les digo me cae cerca: mi buen amigo y

excelente periodista Vicent Ventura, que se murió no hace mucho en Valencia, fue uno de los que prefirieron el tiempo duro del exilio en París después del Contubernio antes que el regreso a una España que, por más reuniones, pactos y tratados como el de París o cualquier otro que señala Max Aub, no estaba decidida a levantar las puertas de la vergüenza a una libertad y una democracia que, año tras año, se demostraban imposibles.

Y todo eso, repito, anda nadando entre las líneas tan escasas que Max Aub escribió con el ceño más fruncido que le he conocido nunca en ningún otro sitio: ni siquiera en las páginas más cabreadas de *La gallina ciega*, ni siquiera ahí, destila Aub una indignación ligeramente parecida a la que le agarra las entrañas cuando las fuerzas políticas de izquierda se juntan con su enemigo sin que se les arrugue el semblante ni les tiemble, ni mínimamente, la musculatura dolorida de la dignidad y el honor de la derrota. Cierto que, según dice Todorov, “la memoria no debería dejarse llevar por el entusiasmo ni por la cólera” (16); pero no es menos cierto que hay veces en que eso resulta imposible. Hasta si mucho me apuran, creo que es uno de los derechos menos cuestionables que podemos arrogarnos. Que se lo pregunten, si no, al propio Max Aub en una de las muestras más exactas de lo que les digo. Me refiero a ese recordatorio, a todas horas destilando cólera y entusiasmo, de Alfredo Just y Juan Chabás en sus horas de la muerte (17). Lo mismo cuando Aub reflexiona acerca de la capitulación que para él supone la firma del Tratado de París en abril de 1960, ese Tratado en que “el vencido debe ratificar su deshonra con el borrón de su firma” (18). Una vez más encontramos esa indignación que en Max Aub es ya una imagen de marca, la contraseña que nos permite traspasar la frontera entre la gravedad y la ironía, esa manera de contar el tiempo en el que vive situándose a medio camino entre la realidad y aquello que imagina como tal realidad. No necesita el escritor saber más de la cuenta, sólo lo justo para poder escarbar en la conciencia de los hechos y de sus protagonistas y elaborar a partir de ahí su propio discurso moral sobre aquellos hechos y los

mismos protagonistas. No exculpa nada de nada Max Aub las dobleces, las intenciones perversas escondidas en los pliegues de una palabrería hueca que anuncia la bancarrota ética de los mentirosos. Vivir es, más que vivir, un ejercicio entusiasta de obstinada supervivencia. Por eso admira, a la vez que casi les compadece desde la rabia, a sus amigos Just y Chabás, por eso ironiza hasta el sarcasmo con las alas rotas en las espaldas idiotas de Octavio Paz y Altolaguirre por su elocuente incapacidad para ser escritores de la verdad en vez de pájaros de plomo anclados en su frenético deseo de escribir al margen de todo compromiso (19). Es esa misma ironía, llena de un entusiasmo colérico, la que le lleva a denostar cualquier alejamiento obsceno de la literatura con respecto a la verdad que toda literatura ha de buscar en las profundidades de sus precipicios si quiere ser literatura y no otra cosa. Y lo mismo cuando Max Aub desliza su bisturí sobre la superficie aceitosa de la política, de los hechos que confirman su enfado al comprobar que la política firmada en el Tratado de París, como la que se firmaría cerca de veinte años más tarde en los folios casi aún con los sellos del Movimiento Nacional, supone el desarme ideológico de la izquierda a manos de quienes siempre tuvieron, bajo las siglas diversas de las fuerzas reaccionarias, retranca exacta del franquismo dominante durante tantos años. Y es en esa exactitud cuando se cumple lo que Aub ya avisa en aquellas fechas de hace cuarenta largos años: ya no nos queda país, ni territorio en que ser capaces de volar con las alas de la verdad y el compromiso, ni dignidad. Y yo añadiría que ni pueblo nos queda, ni esas masas que salieron a la calle y a los montes contra la insurgencia fascista del 36 ni aquellas otras que en 1982 levantaron al Partido Socialista Obrero Español a la cima entusiasta de diez millones de votos en las elecciones generales de aquel año. Ya lo escribía, por otros motivos y en tiempo diferente, Hannah Arendt: "no contribuye precisamente a tranquilizarnos constatar que en las democracias de masas tanto la impotencia de la gente como el proceso del consumo y el olvido se han impuesto subrepticamente, sin terror e incluso espontáneamente" (20). No

diría yo que espontáneamente se adueñan la impotencia y el olvido de la conciencia de eso que llamamos pueblo, pero lo cierto es que, de una u otra manera, esa ocupación tiene lugar y lo que queda después es un erial en que la ideología se confunde con el pan para hoy y hambre para mañana. Cuando Max Aub denuncia la connivencia de las fuerzas del interior más o menos próximas a la dictadura con las que desde el exterior creaban y anunciaban expectativas de cambio en España a medio o largo plazo, lo que está diciendo es que no caben paños calientes en el compromiso ético, en la lucha a muerte contra la dictadura, en la preservación del testimonio mejor que se quedó en las trincheras de Teruel, en el último grito de libertad por las calles de Madrid, en las hileras de la derrota que como un jersey deshilachado iniciaba hasta la frontera francesa los caminos del exilio, en los rincones más desconocidos de un país que, con el Tratado de París, estaba rubricando no sólo la rendición política ante sus enemigos sino lo que es peor: la rendición de su conciencia, la entrega sin paliativos de su memoria más imprescindible, la dignidad de una lucha que se quedaba enterrada en la palabrería administrativa de aquella reunión impresentable un mes de abril de 1960.

Escribir no es emborronar la verdad sino ensanchar con tinta limpia y clara el paisaje a veces nada complaciente de lo que sucede. En la búsqueda de esa verdad y su escritura se dejó Max Aub lo mejor de su vida, lo que fue quedando de ella de un exilio a otro, de un regreso a otro, de una lealtad a esas otras que irían jalonando toda esa larguísima serie de lealtades que defendió como gato panza arriba en un tiempo donde la lealtad era moneda de cambio para cualquier renuncia, incluida ahí, y esto enfurecía más que nada a Max Aub, esa forma máxima de la renuncia que fueron las traiciones. En "El Nuevo Tratado de París" escribía una de esas traiciones, el catálogo de adivinanzas que se confirmarían más tarde, casi veinte años más tarde, en ese borrón infame contra el honor y la memoria republicanos que fue la transición española a la democracia. Ya saben

ustedes aquello que les contaba un rato más arriba: "Aquí no ha pasado nada?: Éste es el buen rey; éste es el buen general; éste es el buen obispo..." (21).

Y ya para acabar, no podía hacerlo de otra manera debiéndole lo que le debo, las palabras de Ignacio Soldevila que, como en los viejos versos de Eliot sobre el principio y el final de las cosas, señala las luces y las sombras de los complejos pasadizos de la literatura en general y, ya desde lo particular que nos reúne aquí en estos días, de la literatura laberíntica de Max Aub. Dice Ignacio Soldevila y con sus palabras termino: "La obra de un escritor no acaba sino con su voz, cuando la obra es realmente producto matriz del hombre entero y verdadero. Una vez cortado un fragmento de ella, que llega a la luz -a la imprenta- por razones y en momentos enteramente circunstanciales que son de pan llevar, el autor prosigue su acto creador incansablemente, con las mismas inquietudes, de las que ese fragmento meteórico de la obra no puede enajenarle, y vuelve otra vez al mismo punto de partida. Imagen, una vez más, del laberinto" (22)

Gestaltar (La Serranía. Valencia). Febrero de 2003

-
- 1).- Manuel Aznar Soler. "Actas del Congreso Internacional Max Aub y el Laberinto Español". Ay. de Valencia 1996.
 - 2) Antonio Muñoz Molina *Beatus ille*. Seix Barral. Barcelona 1986.
 - 3) Alfons Cervera. *El color del crepúsculo*. Ed. Montesinos. Barcelona 1995.
 - 4) Alfons Cervera. *Maquis*. Ed. Montesinos. Barcelona 1997.
 - 5) Alfons Cervera. *La noche inmóvil*. Ed. Montesinos. Barcelona 2000.
 - 6) *Quimera*. Revista de literatura.
 - 7) Rafael Chirbes. *El novelista perplejo*. Anagrama. Barcelona 2002.
 - 8) Manuel Durán. "Actas del Congreso Internacional Max Aub y El Laberinto Español". Ayuntamiento de Valencia 1996.
 - 9) *Diarios 1939-1972*. Ed. de Manuel Aznar Soler. Ed. Alba 1998.
 - 10) Max Aub. *Hablo como hombre*. Ed. Fundación Max Aub. Segorbe 2002. Ed. De Gonzalo Sobejano.
 - 11) J. M. Caballero Bonald. *La costumbre de vivir*. Ed. Alfaguara. Madrid 2002.
 - 12) Max Aub. *Op.ct*.
 - 13) Pierre Vilar. *Historia de España*. Ed. Crítica 1977.

- 14) José-Carlos Mainer. "Actas del Congreso Internacional Max Aub y El Laberinto Español". Tomo I. Ayuntamiento de Valencia 1996.
- 15) Eduardo Haro Tecglen. Diario *El País*. 20 de enero de 2003.
- 16) Tzvetan Todorov. *Les abus de la mémoire*. Ed. Arléa. 1998.
- 17) *Diarios 1939-1972*. Ed. de Manuel Aznar Soler. Ed. Alba 1998.
- 18) Max Aub. *Op.ct.*
- 19) *Diarios 1939-1972*. Ed. de Manuel Aznar Soler. Alba 1998.
- 20) Hannah Arendt. *¿Qué es la política?* Ed. Paidós. ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona. 1997.
- 21) Max Aub. *Op.ct.*
- 22) Ignacio Soldevila Durante. *La obra narrativa de Max Aub 1929-1969*. Ed. Gredos. 1973.